

para llevarlos más fácilmente: además sus grandes dimensiones son un estorbo para la rapidez de los movimientos tan necesaria en las acometidas y en las retiradas; así es que en estos casos son arrojados; pero el tren de bagajes debe cuidar de que no se pierda ninguno de ellos, pues se da gran importancia al hecho de poderlos recoger todos. Su confección es considerada como una de las más nobles ocupaciones á que se dedican los caudillos, y por esto se procede con mucha parsimonia tratándose de las pieles de los bueyes, pues casi todas sirven para este noble y bélico objeto. Cuando Dingan regaló á su amigo Gardiner, el primer misionero zulú, un buey como presente de hospitalidad, comenzó por rogarle que le guardara la piel para hacerse con ella un escudo. El quitarle á uno su escudo es considerado como deshonoroso; en cambio se considera como honrosa distinción el recibirlo de manos del caudillo, único que puede darlo. Viene en tercer lugar la maza (*Kirri ó Tyindugo*) de madera de hierro ó de cuerno, que mejor puede llamarse bastón contundente: consiste en una bola como el puño pegada á un palo corto y de fácil manejo, y es una especie de porra de golpe mortal que presta muy buenos servicios, pues se lanza contra los animales pequeños, serpientes y otros. Este palo no forma parte del equipo militar propiamente dicho y sin embargo decidió el combate de Isandlana.

Como en virtud de la ley el país pertenece al caudillo, todo zulú ha de pedir permiso para edificar: comienza por construir el establo para el ganado (*isibaya*) que ocupa un espacio redondo más ó menos grande según es necesario, cercado con una valla ó con maleza y en los sitios faltos de árboles con cercas de piedra ó de césped. Estas isibayas, cuando forman parte de un kral de algún rey rico en rebaños, encierran á veces centenares de bueyes. Alrededor del establo se construyen las cabañas, una para cada hombre, para su madre, para cada una de sus mujeres, y para cada uno de sus allegados de cierta edad. Esas cabañas tienen la forma de colmenas y están construídas con ramaje, colocado alrededor de algunas estacas clavadas en el centro y con una cubierta de hierba. Cuando están recién construídas, estas chozas ofrecen el aspecto de haces de heno. Por regla general forman un círculo; la del hombre está emplazada en la parte más exterior y á sus lados se extienden las otras: cada cabaña está situada á pocos pasos de la más inmediata é igual distancia separa á todo el grupo de la isibaya. La aldea (*umusi*) — allí donde la reunión de grupos llega á formar una — consiste, pues, en un círculo de cabañas que circuye el establo común: el conjunto está cercado por un seto de malezas espinosas que en tiempo de guerra es de tal manera fortificado, que es punto menos que imposible apoderarse de aquel recinto con las armas zulús. Este seto y la valla del establo no tienen más que una puerta cada uno. En la parte derecha, junto á la entrada, habita la aristocracia del lugar, es decir los *indunas* de alta categoría en la *ekanda* y los más ancianos en las otras aldeas. Las chozas son suficientemente altas para que en ellas pueda permanecer de pie, en el centro, un hombre: su diámetro es de 4 á 5 metros.

La cabaña del caudillo es de mayores dimensiones que las demás, pero está construída según el mismo plano que éstas. La choza de Dingan se apoyaba sobre tres líneas paralelas de estacas, de las cuales la del centro constaba de cuatro de ellas y las otras dos de tres, que sostenían el armazón sobre el cual descansaba el techo. Por dentro era más elevada que la estatura de un hombre y tan ancha que adosados á la pared podían sentarse, formando círculo, cincuenta hombres, dejando aun bastante espacio en el cen-

tro. En cambio la puerta no era más alta que la de las otras chozas. Los únicos muebles que en esta vivienda había se reducían á una estera extendida junto á la puerta, en la cual solía tenderse el rey, y otra cerca del hogar en la cual se veían un cacharro con cerveza y una porción de cucharas.

Las dimensiones de las aldeas varían mucho: las *ekandas* comunes contienen de 500 á 1,000 hombres, bien que *Unkuninglove*, capital de Dingan, contenía 5,500: las demás aldeas son, por regla general, pequeñas y los más ancianos ó caudillos (*numzanas*) de éstas están sometidos á la superior inspección del induna de la *ekanda* más inmediata. El número de chozas podría hacer creer en la existencia de una población más numerosa de lo que en realidad es, pues por regla general en las aldeas el hombre, la mujer, los hijos, etc., tienen cada uno su choza especial, de suerte que cada familia puede llegar á poseer 5 ó 6 cabañas. En las *ekandas*, sólo los indunas pueden tener más de una cabaña; y aun los supremos indunas de Dingan no tenían más que una para sí y dos para sus mujeres é hijos.

Cerca de la cabaña ó, según la situación, algo más lejos de ella, se extiende el huerto ó trozo de campo (*insimu*), que generalmente está también cercado. La roturación y la primera preparación de las tierras (para lo cual se apela al sistema de quemar los eriales, cosa que hizo que los portugueses de Mozambique del siglo pasado dieran á la costa de Natal el nombre de *Fumo*, humo) es tarea de los varones de cada familia, al paso que son las mujeres y las muchachas las que se dedican al cultivo propiamente dicho. Los grandes trabajos agrícolas se hacen en común. En la época de la siembra (setiembre), que cada año determina el caudillo, se cava todo el campo, dejándose las malas hierbas como abono, después de lo cual, apenas pasadas las primeras lluvias fuertes, con gran algazara y grandes cantos se procede á la siembra del trigo café (*amabelo*), del maíz (*umbilo*) y, en el Natal meridional, de una falsa caña de azúcar indígena (*imfi*). También son objeto de cultivo en grande escala ó por lo menos se cosechan en abundancia las dos principales hierbas de fumar, el tabaco y la dacha, de las cuales hacen los zulús increíble consumo: ambas son de origen extranjero, á pesar de lo cual la dacha se encuentra muy propagada en estado silvestre; y en cuanto al tabaco ha sido encontrado en puntos donde en otro tiempo existieron algunas aldeas. En los campos se construyen atalayas de madera y maleza, en cuya parte baja habita toda la familia en la época de la cosecha: un centinela puesto en ellas espanta con sus gritos ó tirando los cordones de cáñamo que están tendidos sobre todo el campo, á los pájaros que se comen el grano. La cosecha se verifica en enero y constituye el período más alegre del año y el único en que hombres, mujeres y niños se entregan al mismo trabajo de la mejor gana. Antes de la recolección nadie puede comer el trigo café y antiguamente se castigaba con pena de muerte al que tal hacía. Terminada la recolección, celébrase una especie de fiesta de la cosecha en el kral del caudillo ó del rey, fiesta que generalmente coincide con el plenilunio y durante la cual se matan bueyes, se asa la carne, se devoran cantidades extraordinarias de ésta, se bebe *utschalla* y se fuma de lo lindo. Sólo después de esta fiesta se come en común el fruto de la nueva cosecha: entonces es cuando se recomponen las chozas y los cercados y cuando los guerreros se entregan á sus rapiñas favoritas.

El trigo *kafir* es el cereal más generalizado: á su cultivo se dedica la mayor parte del trabajo y de él se alimentan principalmente las familias. En el mes de mayo se trilla todo el grano que queda, desgranándolo y guardándolo en los hoyos de provisiones practicados en medio del establo:

estos hoyos en forma de vasija, es decir más grandes por dentro que en su boca, pueden contener hasta 3 hectólitros de grano. Los europeos no pueden comer este grano así guardado, porque se vuelve agrio. La escasa provisión que no se encierra en estos depósitos se guarda en el *isilulu*, vasija en forma de huevo tejida con hierba que se tiene en una especie de silla: muchas veces esta vasija es de grandes dimensiones y ocupa una cabaña que la está especialmente destinada: guárdase en ella preferentemente el grano que ha de servir de semilla. A menudo se cuelgan del techo manojos de espigas.

La ocupación principal de este pueblo la constituye la ganadería, siéndole los rebaños de tanta utilidad como á los *betschuanos*, *ovahereros* y *dinkas*. Los zulús adiestran los bueyes para correr y llevar carga (no se olvide que las carreras son una especie de *sport* nacional) y utilizan la leche de vaca como uno de sus primeros alimentos, la carne para las solemnidades y los sacrificios, la grasa como una de las más apreciadas sustancias alimenticias y para sus impresionables unturas y la piel para capas, cubiertas, escudos y correas. Pero sobre todo sus rebaños son su tesoro, su capital, su recurso extremo; á ellos aplican todos sus ahorros y con ellos satisfacen los tributos. El campo satisface las necesidades; los rebaños constituyen el lujo en el sentido más lato. El que no tiene ninguna res es un proletario, por mucho trigo ó mijo que coseche, pues únicamente con cabezas de ganado puede adquirir aquellas cosas que no son de necesidad imprescindible: sólo el que tiene rebaño puede comprar una mujer, hacer dignamente los sacrificios tradicionales, curar sus enfermedades y celebrar entierros. De aquí el gran papel político que desempeña la ganadería y la consideración que merece entre todas las ocupaciones y todos los esfuerzos del pueblo. El rey es el administrador del tesoro nacional consistente en rebaños y, como sus caudillos, considera la guardia de los bueyes como un noble *sport*. Una de sus principales ocupaciones consiste en recibir cada mañana cuenta del estado de los rebaños y de las enfermedades y muertes en ellos ocurridas, no descuidándose en estos detalles de citarse el color, la forma de los cuernos, etc.: luego inspecciona un rebaño que es conducido á su presencia y de él escoge para su alimento del día de 6 á 10 cabezas que inmediatamente son sacrificadas. De estos rebaños se saca la alimentación para el ejército y el material para sus escudos. El objetivo de casi todas las guerras y saqueos de los zulús es apoderarse de rebaños, siendo los bueyes hermosos el más grato y honroso trofeo que pueden traer consigo los vencedores. En el kral del ganado no penetra más que un hombre que ordeña la leche, apacienta y abreva los rebaños, incluso los de cabras y ovejas. Los que conocen bien á los cafres afirman que éste es el único trabajo que hacen de buena gana los hombres: éstos conocen á cada res de su rebaño, la llaman por su nombre, la adornan encorvando sus cuernos, marcándola al fuego con rayas y signos y hasta pintándola artísticamente. Las reses más atendidas son los bueyes de carrera.

Este pueblo saca su alimento de sus campos y de sus rebaños, siendo la base del mismo la leche agria, amasi, y el maíz ó el mijo chafado. Así como la ocupación principal del hombre es ordeñar la leche, la de la mujer consiste en atender á los demás alimentos. El maíz (*amabele*) y el mijo (*umbila*) se cuecen en un puchero puesto al fuego sobre tres piedras y tapado herméticamente con una tapadera, excesivamente untado con excrementos de vaca, y son echados luego en un plato de piedra, cóncavo por el centro, en donde los chafan con una piedra de moler. Hecha esta operación, recógese en una estera la masa chafada y

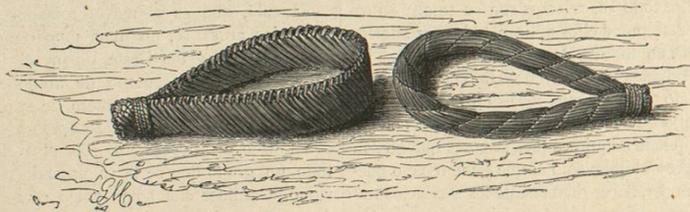
luego se coloca en una cesta tupidamente tejida para ser más tarde comida mezclada con amasi. Esta comida nacional, con la cual suele generalmente agasajarse á los huéspedes, se come con cucharas de madera que fabrican los hombres, dándoles las formas más extrañas y aun artísticas. La carne es también cocida en un puchero untado ó asada en ramas clavadas en el suelo; pero por mucho que cueza está por regla general tan dura que los paladares europeos apenas pueden con ella: no sucede lo propio respecto de los indígenas, pues según afirma Gardiner 4 ó 5 de ellos bastan para comerse, en un día y medio, un buey sin dejar los intestinos ni los tendones. Al igual que los demás pueblos naturales, los zulús se alimentan de un modo irregular y se muestran sumamente sobrios en caso de necesidad, alimentándose entonces con algunos granos de maíz, con langostas y otras frioleras. Pero un café acomodado tiene para cada una de sus comidas, la de la mañana y la de la tarde, además de sus gachas con amasi, verduras, cerveza, á menudo carne, y entre plato y plato toma rapé y fuma tabaco ó quizás también dacha.

El zulú, que es el mayor tomador de rapé de entre todos los africanos, no fuma mucho menos que sus vecinos del Sud y del Oeste, y para él la pipa de agua, que se fabrica con cuerno de antilope, sobre todo de Kudu (*umgakha*) es el primero de sus placeres excitantes. El cáñamo narcótico (*isangu*) no siempre se mezcla con tabaco, y á veces una sola pipa de él embriaga á todo un grupo que se la va pasando de uno á otro individuo. Gardiner cita como rasgo característico el hecho de que generalmente el rey toma la iniciativa de esta pasión por el fumar que con el tiempo convierte á los hombres en idiotas. Igual efecto produce la cerveza, á pesar de ser muy floja; de ésta se hace un consumo extraordinario. Estos placeres contribuyen á que el hombre sea más perezoso que la mujer, de la cual cuenta Nauhaus que recorre dos millas llevando una carga de 100 kilogramos. Las mujeres son casi las únicas que llevan carga.

La actividad industrial de los zulús es casi la misma que la de los demás pueblos cafres, por mas que en cuestión de detalle ofrezca algunas notables diferencias. Los zulús no son tan hábiles ó tan aplicados como la mayoría de los *betschuanos* en la fabricación de muchos objetos, comenzando por las cabañas y acabando por los trajes y toda clase de esculturas; lo cual depende naturalmente de sus tendencias más belicosas y por ende más movilizadas que desde hace mucho tiempo dominan en su espíritu. Esto no obstante, sobresalen en la fundición del cobre, debido esto indudablemente á la influencia europea ó quizás á la más antigua de los árabes. Los zulús recibieron el cobre y el latón primero de los portugueses de Goa, por mediación de una tribu que vivía en la bahía de Delago, á cambio de marfil y de ganado, y más tarde de Natal, y los fundían en crisoles de piedra arenisca indígena, haciendo luego con ellos collares, brazaletes, barras para alambre, clavos, perlas y otras cosas de adornos. Como herreros son tan hábiles que el hierro de Natal es superior al inglés; sus picos para trabajar la tierra son mejores que los de los demás cafres, porque el hierro está sujeto al mango por medio de un tubérculo radícolico. Los más hábiles en punto á herrería son los zulús septentrionales ó amasivasi, que poseen las mejores espadas. La tribu mahometana de los malepas, herreros errantes, sale del país comprendido entre el Limpopo y el Zambezé y llega en sus expediciones hasta el territorio de los cafres del Sudeste.

La familia es, entre los zulús, sacrificada á la organiza-

ción del Estado, razón por la cual algunos gérmenes propios para un buen desenvolvimiento han tomado una falsa dirección. Como consecuencia de la política guerrera del rey zulú Tschaka, quiso éste tener bajo su absoluta dependencia á los hombres y estimular en ellos el espíritu belicoso y á este fin no les permitía casarse hasta lo más tarde posible, dándoles él mismo el ejemplo de no casarse y no reconociendo como suyo ningún hijo. A todo el que era apto para las armas estábale, pues, vedado fundar una familia ó por lo ménos sólo se le consentía por vía de excepción, gracias á lo cual hubieron naturalmente de aflojarse los lazos familiares. La prohibición de fundar una familia trajo consigo el exceso del número de mujeres sobre el de los hombres inútiles para el servicio militar que eran los menos, y por ende la poligamia con funestas tendencias: además convirtió en institución la matanza de niños y arrebató á las familias sus hijos cuando estaban en condición de poder ser útiles á las mismas. El rasgo fundamental patriarcal que tan marcado encontramos en la mayoría de los



Brazaletes de hierba de los zulús (Museo para Etnografía, Berlín) — $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño.

que el que sobre él hubiese podido atraer cualquier reforma emprendida para acabar con otro cualquiera de los antiguos usos de este pueblo. Esta costumbre está más profundamente arraigada en el corazón de las mujeres que en el de los hombres, pues aquéllas gradúan el sentimiento de su valer por el número de bueyes que por ellas se ha pagado. Por regla general, un hombre no aceptaría de balde una mujer, pues con ello se consideraría rebajado. El lazo matrimonial recibe con esta compra la fuerza del mutuo consentimiento y ni el hombre ni la mujer se considerarían legalmente ligados si aquél no hubiese dado ó por lo menos prometido por ésta alguna cosa. El precio normal de una mujer varía entre 4 y 6 bueyes, pero las hijas de los caudillos no son cedidas por menos de 25 y algunas veces de 100. Para los reyes zulús constituyó siempre una renta legítima el entregar alguna de sus concubinas á un hombre rico que había de pagar por ellas una fuerte suma. El matrimonio cafre lleva en todos sus actos impreso el carácter de contrato mercantil. Si la mujer resulta especialmente útil, es decir sana, fecunda y apta para el trabajo, sus parientes ó su antiguo propietario piden al marido un suplemento de precio: si, por el contrario, la mujer no corresponde á las promesas hechas, el marido la repudia y exige la restitución de lo que pagó por ella. A esta petición no acceden de momento los parientes de la mujer, sino que matan un buey y junto con la mitad de éste la envían al marido, con lo cual puede calmarse su descontento; pero si el esposo no se considera bastante satisfecho, vuelve á despedir á su mujer y á exigir el precio de compra. Dadas las astucias y los subterfugios que estas gentes emplean en los litigios, no es cosa fácil para el marido recuperar lo suyo, pues se le hace sumamente difícil probar la insuficiencia de su mujer. Si no fuera por esto, los repudios y las exigencias serían aún mucho más frecuentes. El hom-

pueblos que se dedican á la ganadería, lo vemos también entre los zulús. El padre es el señor de la familia y por lo que hace á las hembras de la misma tiene sobre ellas derecho de propiedad. El rey es, asimismo, el padre de su pueblo, el cual espera de él no sólo un buen gobierno, sino también solicitud paternal y ayuda en todos los males que le sobrevengan. Por regla general, la condición de la mujer no es, en tales circunstancias, elevada ni mucho menos y comunmente está en proporción inversa de la posición de su marido. Las mujeres del rey están excluidas de todas las discusiones y en casa de su marido no pueden moverse sino arrastrándose de rodillas.

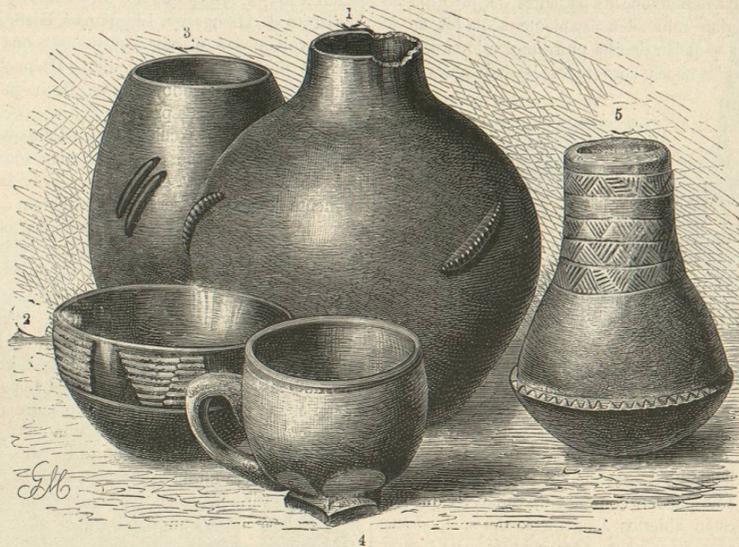
La adquisición de la mujer por compra en ninguna tribu cafre está tan arraigada ni practicada con tanta constancia como entre los zulús. Cuando, hace algunos años, el gobierno de Natal se propuso, según se ha afirmado, oponerse por medio de leyes á esta costumbre que los zulús denominan *ukulobola*, de seguro que de haber realizado su intento hubiérase encontrado en un conflicto más grave

bre á quien no le gusta ya su mujer puede consolarse fácilmente conservándola, pero negándole los derechos de esposa para reducirla al estado de esclavitud, y contrayendo en seguida nuevo matrimonio. La esclavitud y la poligamia contribuyen á suavizar y á hacer olvidar los desengaños anejos á toda unión matrimonial. La poligamia es, en teoría, ilimitada, pero en la práctica son poderosas limitaciones de la misma el número de mujeres existentes y la falta de medios para mantenerlas. La poligamia alcanzó sus mejores tiempos en el período de guerras de los reinados de Tschaka y de Dingan, guerras en las cuales pereció gran número de indígenas á los golpes de las lanzas enemigas ó á consecuencia de no interrumpidas fatigas: estos hombres durante todo el tiempo que servían en el ejército, no podían tomar mujer. Al propio tiempo, estas guerras trajeron consigo gran importación de mujeres que venían á ser el botín de las correrías y eran distribuidas entre los caudillos. Por todas estas razones pudo entonces la poligamia adquirir gran incremento. La paz es, por el contrario, la enemiga de la poligamia. Entre los zulús independientes, dispúsose en tiempo de Ketschwáyo, que ningún hombre apto para las armas pudiera casarse sin consentimiento del caudillo. Después de haber permanecido en el ejército cinco años, ó veinte según las circunstancias, se le licenciaba en la gran fiesta nacional de los «primeros frutos» y recibía, al par que una cabaña, permiso para contraer matrimonio: á partir de aquel momento, podía también llevar el anillo de la cabeza.

La ceremonia de la boda se celebra de la misma manera que entre los betshuanos: consiste principalmente en llevar solemnemente á la novia al kral ó á la cabaña del novio, acompañada del mayor número de parientes y amigos posible, todos recientemente untados y ostentando los mejores adornos. El acompañamiento lleva consigo dos bue-

yes, uno para ser sacrificado á fin de que los altos poderes se inclinen á conceder toda suerte de felicidades al nuevo matrimonio, y otro que es conducido al establo del novio, vacío por haber destinado sus reses á la compra de su mujer, para que sirva de base al rebaño que nuevamente tendrá que formar. Antes se entregan á la novia una piedra de moler, una escoba y una escudilla y al novio un manojo de azagayas y una destal, como indicación de sus respectivas ocupaciones en lo sucesivo. Entre los kosas, la novia arranca una pluma del plumero del novio y se la pone en su cabellera: luego coge una espada y se dirige solemnemente al kral del rebaño, arrojando el arma por encima de la valla, de manera que quede clavada en el suelo. De esta ceremonia toma entre los kosas nombre toda la boda, que se denomina *ukutschata*. Con un buey del novio que

mata el más anciano de la aldea y con otro que regala aquél á la madre de su novia, se prepara el banquete de boda, en el cual la fiesta acompañada de cantos y danzas, se prolonga mientras duran las ganas de comer y la alegría, siendo costumbre no dejar ni el más pequeño pedazo de carne. Luego viene, en algunas tribus, la ceremonia de «lavar con perlas» que consiste en traer una calabaza con agua y perlas, con la cual primero la novia rocía las manos de su novio y las de sus amigos y luego el novio las de aquélla y las de los suyos, siempre removiendo las perlas, de las cuales hacen todos ademán de apoderarse. Al final, los más ancianos de la aldea se extienden en largas consideraciones, recomendando á la jóven pareja la actividad y la buena conducta, para lo cual no se escogen las palabras más finas.



1 á 4, Cacharros de arcilla de los cafres. — (1 á 3 del Museo de la Casa de Misiones de Berlín: — 4, del Museo etnográfico, Berlín): — 5, Cacharros de arcilla de los marutses (Museo etnográfico, Munich): $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

A pesar de estos preliminares poco nobles del matrimonio, de los cuales forma también parte el que la mujer finja cada noche querer huir, no son raros los ejemplos de uniones cariñosas entre marido y mujer, y muchas veces acontece que un hombre que puede tener varias mujeres se contenta con una sola. Esta moderación es objeto de gran respeto por parte de los mismos zulús, por más que sólo unos pocos sigan este ejemplo, no contándose entre ellos los caudillos porque considerarían rebajada su autoridad si tuviesen menos de cuatro mujeres. La mayoría de las mujeres quiere que otras vayan á compartir sus trabajos, siendo este deseo natural en la primera mujer, la gran mujer (*inkokasi*), pues ella es la que ha de dominar á las que vengan después de ella. El hecho de que cada mujer tenga su cabaña, su campo y sus obligaciones propias da á esta poligamia un carácter más saludable del que pueden ofrecer los harems de los árabes y de los turcos. Las numerosas mujeres del rey trabajan al servicio del Estado, puesto que cuidan de fabricar la cerveza y de guisar para el ejército y uno ó dos parientes de cada una permanecen como delegados en la ekanda, para vigilar la preparación y distribución de los manjares. Digamos de paso que no sólo la gran mujer tiene su nombre especial, sino que los idiomas cafres

son suficientemente ricos para aplicar distintas denominaciones á otras clases de mujeres; así por ejemplo, la soltera se llama *intomibini*, la casada sin hijos *umfas* y la casada con prole *enina*. Por otra parte, el nombre genérico de mujer, *umtuana*, frecuentemente se aplica también á los niños. Todas las viudas del rey, aun las que ocupan el último lugar, llevan el título de «madres del rey».

Las costumbres de los zulús durante y después del nacimiento de un hijo son análogas á las seguidas en otras ramas de los cafres del Sud. Apenas cabe duda alguna de que en esa nación guerrera á los niños deformes y enfermos se les aplica con más rigor que en ninguna otra la ley que manda darles muerte. Los niños crecidos son criados con una estrecha disciplina patriarcal y la unión íntima que esto engendra entre padres é hijos es uno de los puntos brillantes de la vida de los zulús, que vemos aun en la turbulenta historia de su dinastía. Tschaka, que no quería bien á ningún hombre, profesaba tal cariño á su madre que la influencia de ésta sobre él fué un poderoso factor político; y la muerte de la misma fué una de las pocas ocasiones en que el monarca demostró sus sentimientos de hombre. ¡Cuán conmovedor es aquel caso de un pequeño caudillo (Numzana) que suplicaba de rodillas que le castigaran á él